

García Sánchez, Jorge: *Byron Khun de Prorok. Arqueólogo y explorador de civilizaciones perdidas*. Madrid, Sílex, 2022. 732 pp.

732 páginas nos aguardan tras un hipnótico retrato de portada, en el que un joven Byron Khun de Prorok, arqueólogo explorador de civilizaciones perdidas, posa con calculadísimo descuido y un insolente cigarrillo en la mano derecha. No es más que uno de los aciertos de Sílex, editorial madrileña que se ha propuesto con esta publicación inaugurar la colección Sílex Arqueología, en la que se explora la combinación de datos historiográficos, siempre algo ásperos por naturaleza, con un abundante y muy atractivo aparato gráfico. Este es un libro de esos que, al hojearlo, atraen.

El autor, Jorge García Sánchez, Profesor Titular de Arqueología en la UCM, nos detalla minuciosamente, en 14 capítulos, tanto las intervenciones arqueológicas como las exploraciones más o menos fabuladas que el curioso personaje de la portada realizó entre los años 20 y 40 del siglo pasado. Las primeras se desarrollaron en el norte de África, nada menos que en Cartago, en Utica, en Germa o en la tumba de Tin Hinan en las llanuras presaharianas. Las segundas, en Egipto, Etiopía o en América central, involucrando la Atlántida, los tesoros del Rey Salomón o la espada de Mahoma. Juzguen ustedes mismos. El autor también nos suministra el relato biográfico del personaje, necesario para atravesar sin perderse este campo minado de falacias y fantasías que nos separa de un conocimiento cierto, que lo hay, en la tortuosa y casi dramática producción de Byron Khun de Prorok. Al final de este camino, lo que Jorge García Sánchez nos ofrece es una visión inusualmente precisa y entretenida sobre los aspectos sociales y culturales que conformaban y aderezaban, para bien y para mal, algunos de los primeros pasos de lo que se ha dado en llamar la *Arqueología colonial* (e.g. González Ruibal, 2010).

Durante el periodo de entreguerras, una región arqueológicamente tan rica como el Mediterráneo avanzaba aún a tientas en la creación de un cuerpo de arqueólogos profesionales, bien formados y capaces de documentar, estudiar y entender su rico patrimonio histórico-arqueológico. De hecho, los diferentes Estados apenas sí habían comprendido por entonces la necesidad de dotarse de una legislación que protegiese dicho patrimonio de manera eficiente. Los más desarrollados, como Francia, Estados Unidos o el Reino Unido, aprovechaban para acometer intervenciones en las costas orientales o meridionales del Mediterráneo, lo que favoreció el desenterramiento de grandes extensiones de ruinas en yacimientos singulares como Delos, Pompeya, Cartago, Roma o Atenas, y ello permite que hoy nos hagamos una idea aproximada sobre la arquitectura y el urbanismo antiguos. Dichas excavaciones son, en realidad, el elemento constitutivo de lo que hoy es la cultura arqueológica del gran público.

Pero antes de la publicación de estas grandes excavaciones, el público (culto) se formaba una idea de la Antigüedad a partir de las pocas referencias que la enseñanza media superior transmitía sobre los autores clásicos, griegos y latinos, y de las esca-

sas, aunque excepcionales, piezas que se exhibían en los museos arqueológicos nacionales. Pero, sobre todo, la sociedad se formaba una idea a partir de novelas, obras teatrales y películas que desde finales del siglo XIX fantaseaban con representaciones mitológicas y románticas del pasado.

Este estado mental colectivo, dubitativo y desinformado, compartido entonces por autoridades y gran público, permitía que megalómanos con mucho arrojo y ciertas dotes intelectuales intentasen (con éxito) recaudar importantes sumas para sufragar aventuras arqueológicas en países lejanos. El caso de Prorok, bien financiado y sostenido en su día por algunas de las mejores universidades norteamericanas, evidencia que pocos profesores o arqueólogos profesionales fueron capaces de resistir la tentación de sumarse y disfrutar de un éxito mediático, incluso si para ello había que relajar, o directamente obviar, ciertos estándares científicos y metodológicos que, al fin y al cabo, “sólo” importaban a los colegas de profesión.

La intervención estelar de Prorok en el llamado tofet de Cartago, en realidad un santuario dedicado a los dioses fenicios Baal Hammón y Tinnit, es un buen ejemplo de la ambivalencia de este tipo de actividades. Este santuario, el tofet, fue objeto ya en la antigüedad de polémicas acusaciones de infanticidio lanzadas por los rivales de Cartago: algunos griegos, como Diodoro de Sicilia, algunos romanos, como Silio Itálico, y luego los primeros cristianos, como Tertuliano. La investigación arqueológica sobre este tema, capital para la identidad colectiva tunecina, aún no ha encontrado una respuesta definitiva a dichas acusaciones y a las prácticas concretas que en el santuario tuvieron lugar hace 2500 años (cf. D’Andrea, 2014). Y ello, en parte, debido a la destrucción de datos acometida durante las excavaciones antiguas, como la de Prorok, algo que resultaba habitual en la arqueología pre-estratigráfica y precientífica del periodo de entreguerras. Y, sin embargo, quien sabe cuánto se habría demorado el descubrimiento de este santuario si no fuese por las ansias de apasionados como él o como Louis Carton, médico militar de profesión, que invertían su tiempo libre en poner el dedo en la llaga mientras que tantos profesores preferían seguir ocupándose de temas de menor calado. Y es que no sólo hay torres de marfil, sino también catacumbas de marfil...

Prorok, el amateur pre-estratigráfico y acientífico, filmaba ya sus excavaciones, fotografiaba los yacimientos desde el aire anticipándose a su época y aplicaba bombas para evacuar el agua freática del fondo de sus sondeos. Luego, en sus conferencias, mostraba material auténtico y películas de los trabajos de campo, con notable éxito de público. Todas estas metodologías arqueológicas y estrategias mediáticas supusieron en su momento innovaciones verdaderas, fruto de la energía, atrevimiento e imaginación que a menudo nos falta a quienes trabajamos en la ortodoxia académica. El presente volumen nos aproxima a esa contradicción llena de luces y sombras, que el personaje de Indiana Jones revivió magistralmente en la gran pantalla. El conde Byron Khun de Prorok, aristócrata-arqueólogo, aventurero, descubridor y divulgador para el mundo anglosajón de los años 20 a 50 del pasado siglo, precuela real del propio Indiana Jones, espera sin duda una superproducción que le devuelva de nuevo a la fama y que esté a la altura de sus éxitos y, especialmente, de sus fracasos (académicos, diplomáticos, cinematográficos, incluso amorosos). Porque tras cinco minutos de atención a la obra de Jorge García Sánchez, el lector notará que un elemento inesperado viene a salpimentar este grueso volumen de historiografía: el conde no era conde, ni se llamaba Byron Khun de Prorok, sus aventuras fueron regu-

larmente fabuladas, descubrió mucho menos de lo que dijo y, además, el calificativo de arqueólogo sólo debería serle aplicado junto al de amateur. Se trata, en efecto, de un antihéroe real, un mitómano ególatra con hábitos de mentiroso compulsivo, que contribuyó notablemente a que la excavación del yacimiento más importante de la historia de Túnez se hiciera realidad, y que diseminó por varias universidades norteamericanas, como la de Michigan o la de Harvard, una curiosidad por el mundo púnico y cartaginés que ha resultado fecunda con el paso de los años.

De manera más concreta, este volumen nos especifica, con una buena prosa, esta singular trayectoria, aderezada con imágenes cautivadoras que nos transportan a ese mundo colonial en el que Prorok soñaba con ser una estrella. Pero todo ello sucede también con la habilidad quisquillosa del historiador, con profusas citas al final de cada capítulo, con fuentes bibliográficas, con documentos de archivo, con material recolectado por el autor en tres continentes y con gran empeño por dejar claro cuándo estamos en lo cierto y cuándo Prorok nos tiende una nueva trampa.

El resultado final de esta ardua tarea acometida con maestría por Jorge García Sánchez es el análisis de algunos de los aspectos menos estudiados por la academia sobre el nacimiento y formación de la disciplina arqueológica, en este caso en el Maghreb: queda patente aquí la dialéctica entre la implicación institucional en proyectos arqueológicos internacionales, por un lado, y la atención del gran público hacia los resultados de tales proyectos, por otro. Prorok, con sus artimañas y su instinto mediático y sensacionalista, triunfó allí donde grandes eruditos fracasaron: ubicarse entre público y academia para desencadenar la curiosidad general. Esta relación sigue siendo actualmente complicada y controvertida, inmersa como está, como lo ha estado siempre, en un proceso en el que participan muchos y heterogéneos actores. La biografía de Prorok nos ofrece así, en este sentido, flagrantes ejemplos de aciertos y errores al intervenir en esta relación. Algo que, salvando las distancias, no deja de ofrecer interesantes paralelos con la Arqueología actual y su divulgación en las redes sociales.

En definitiva, en un mundo que cada vez es más fugaz, desgobernado mediante microráfagas de socialización virtual a golpe de tuit y de tik-tok, las 732 páginas que Jorge García Sánchez pone encima de la mesa retumban como un sonoro gong, *contrarian*, que dirían los cripto especuladores. Una década de pasión, de curiosidad tenaz, de cabezonería puntillosa en aclarar matices más allá de lo imprescindible, seguramente más allá de lo cómodo y, desde luego, más allá de lo habitual, es lo que el autor ha dedicado a atravesar este campo minado que es la biografía de Byron Khun de Prorok, sembrada por él mismo de pistas falsas, preparadas precisamente para celar su verdadera identidad, para ocultar su método de trabajo, para narcotizar a sus lectores, seguidores, admiradores y detractores. El autor aceptó el reto y ha desmascarado a este gran (aunque controvertido) divulgador, que se hacía pasar por especialista, para lo cual no dudaba en mentir, expoliar e inventar. Podríamos decir que lo hizo todo por un *like*, pero mucho antes de los *likes*.

Se trata, por tanto, de una lectura altamente recomendable tanto para quienes se interesen por los primeros pasos de la arqueología en el Maghreb y, más concretamente, por los pasos dados por personajes no académicos; pero también recomendable para quienes se interesen por los efectos y perversiones que la innovación mediática puede causar en la divulgación de la arqueología. Y es, por supuesto, una lectura también recomendable para quienes quieran realizar un viaje en el tiempo con desti-

no al mundo de los exploradores y los aventureros que, hasta hace no tanto, recorrían los márgenes geográficos de lo que los europeos y norteamericanos, en nuestra ignorancia, llamábamos el *mundo civilizado*.

### Referencias bibliográficas

D'Andrea, Bruno (2014): *I Tofet del Nord Africa: dall'età arcaica all'età romana (VIII sec.A.C. - II sec.D.C.) studi archeologici*. Roma, Serra, 2014.

González Ruibal, Alfredo (2010): Colonialism and European Archaeology, in J. Lydon y U. Z. Rizvi (eds.), *Handbook of Postcolonial Archaeology*. Londres, Routledge, 2010, pp. 39-50.

Iván Fumadó Ortega  
Universidad de Valencia  
[i.fumado.ortega@uv.es](mailto:i.fumado.ortega@uv.es)